

cunstances, evidente es que todo auxilio en detalle, aunque fuese posible, no producirá efecto alguno.

Añádese á todo esto la poco tranquilizadora situación internacional. Gracias al odio político que hace soñar á los pueblos con reducirse mutuamente á la nada, éstos no tienen otra aspiración que la de aniquilarse también desde el punto de vista económico. Las vías de comunicación, destinadas, por su naturaleza, á aproximar á los pueblos, y á constituir en patrimonio común las conquistas de la educación y de la moral, se cambian en vías de guerra; las riquezas de un pueblo, en medio para aniquilar á otro pueblo; los tratados de comercio, en guerras nacionales; las tarifas de aduanas, en campos de batalla, donde luchan las naciones tanto como pueden, hasta que se aniquilan. ¿Es que por ventura su recíproca hostilidad les impide ver que, en razón de la dependencia de las relaciones económicas, se exponen ellas mismas al peligro, al minar á otro pueblo? Su ciega voluntad, ¿tan grande es que se precipitan con júbilo en el abismo, con tal que arrastren á él á su adversario? Quizás ambas hipótesis sean verdaderas. Las cosas han llegado á tal extremo, que un fabricante con frecuencia no puede comprar el material que elabora su vecino, sino que se lo procura en el extranjero, ó por vía indirecta pasando por el extranjero, más barato que frente á su propia casa. En todo caso, es una locura política y económica sin igual el que, no encontrando útil por el momento reglamentar con las armas la guerra de los pueblos, intenten arruinarse, en el intervalo, desde el punto de vista económico.

Que las naciones de Europa se hagan la guerra en este terreno, es una de las cosas más incomprensibles que registra la historia. Por otra parte, la situación económica de Europa no hubiera tardado en convertirse en insostenible sin esta guerra de negocios. Hace ya mucho tiempo—desde que estamos convencidos de que el progreso sería imposible con las antiguas ideas sobre el dinero—que nuestra política económica orienta la producción únicamente

desde el punto de vista de la especulación. Mientras ha habido lejanas salidas para nuestra producción; mientras que, en particular, ha habido para nuestra especulación, fuerzas extranjeras más débiles que podíamos doblemente explotar, ya porque producían á muy buen precio, ya porque no podían dar salida á sus mercancías, nos era fácil realizar enormes ganancias. Entonces también era completamente inútil pronunciar una palabra de verdad sobre el valor del dinero, y decir que, si no había cambiado su vieja y permanente naturaleza, podía por lo menos hacerlo. La facilidad que ofrecía para obtener provecho, á las mayores distancias, y la enorme renta que producía la especulación, habían elevado á la altura de un dogma inquebrantable, de un dogma en el cual creía también la judería de la Reforma y el liberalismo de la bolsa, de un dogma cuyos desaprobadores eran perseguidos á gritos, denigrados, silbados, el principio de que el dinero se había ya convertido en productivo, y que para hacerlo productivo existían medios tan seguros como fáciles, desconocidos en la Edad Media. Pero estos caminos comienzan á ser ya muy difíciles y muy estrechos, y, según todas las apariencias, muy pronto serán impracticables. Rusia, Hungría, los países de los Balkanes, han provocado la admiración del mundo, en la Exposición Universal de París de 1900, como rivales tan hábiles de los antiguos Estados civilizados, como los de América Central y Meridional. Hasta aquí, Europa era superior á los otros países extranjeros desde el punto de vista económico, pero aquellos tiempos pasaron ya. América está fatigada y hastiada de Europa: «Somos suficientemente fuertes para ayudarnos á nosotros mismos, y para defendernos del mundo entero»,—exclamaba ella ha poco por boca de Monroe.—«Somos los amos, y podemos dictar la ley á todo el mundo»,—añadía en el bill Mac-Kinley. Europa comienza ya á sentir las consecuencias de estas afirmaciones, y de la manera más dolorosa, pues América, por medio de los monstruosos *trusts* de Rockefeller, Carnegie, Pierpont, casi

asfixia al mundo entero entre sus lazos. De la buena ó mala voluntad de este dominador del mundo, depende que tengamos un bloqueo continental peor que el de Napoleón. En la misma Inglaterra, los más animosos espíritus hablan con angustia de la americanización del mundo.

Hace ya mucho tiempo que tenemos sobre la nuca al Oriente, como el antílope al león, gracias á la simpleza que hemos cometido emancipando á los judíos. Nunca podremos desembarazarnos de este huésped molesto, á pesar de todas las campañas antisemitas. Esta es la causa de que nuestros corazones sean tan poco cristianos, y demasiado judías y paganas nuestras costumbres. Si fundamos nuestra religión en el panteísmo y en el budismo venido de Oriente, justo es que circule por nosotros savia semita, hasta que la savia política de la raza americana, el cetro de Gog y de Magog, nos alivie de todos estos pequeños dolores.

En poco tiempo, nosotros, los europeos, hemos hecho del Japón un concurrente soberanamente peligroso. Le hemos enviado nuestras mejores fuerzas para formar á su pueblo en la independencia económica, y con verdadero sentimiento de orgullo, tomamos como alumnos á sus mejores súbditos. Gracias á sus aptitudes, se ha hecho por completo esta nación independiente de nosotros, ¿y quién sabe si, dentro de poco, no se convertirá en formidable adversario nuestro, aun en los mercados europeos? China ha comenzado ya, y no ha faltado mucho para que nuestra sabiduría económica, que, sin cuidarse de las experiencias que los americanos han hecho, atrayendo obreros chinos á su país, quisiese encontrar fuerzas de trabajo á mejor precio, y aniquilase así á los obreros del país, ó los arrojase en brazos del socialismo.

Luego, llega repentinamente, como un relámpago en cielo sereno, la nueva de que las siete colonias australianas de Inglaterra se han concertado para formar una Australia según el modelo de América, y quieren en adelante una política completamente una é independiente,

sometiéndose provisionalmente á la autoridad de un gobernador general nombrado por Inglaterra. El porvenir nos dirá el tiempo que tardará en separarse completamente de Europa. El Canadá está ya en este camino, como lo indica su nombre de *Dominio del Canadá*; su separación de Inglaterra no es más que cuestión de tiempo, siendo entonces inevitable su unión con América. Los Estados del África del Sur manifiestan la intención de dar el mismo paso. Por el momento, Inglaterra ha conservado la superioridad, gracias á una horrible carnicería, pero también ha demostrado al mundo que el Imperio Insular ha llegado al límite de su desarrollo.

¿Y cuánto tardará el Imperio de las Indias, con sus inmensos recursos, en separarse de Inglaterra y de Europa, y en aumentar las fuerzas políticas y económicas rusas?

Rusia nos ha cerrado las puertas del pan, y quiere matarnos de hambre, antes de caer sobre nosotros. Entre tanto, nos hace algunas concesiones al precio de los más sensibles sacrificios, hasta que el ferrocarril de Siberia abra nuevos caminos al comercio del mundo, y produzca en provecho de Rusia un cambio en la situación de las cosas tan colosal como el que realizaron los descubrimientos de los siglos XV y XVI en ventaja de las potencias marítimas occidentales.

**6. La situación interior del mundo desde el punto de vista jurídico, moral y religioso.**—En vista de estas circunstancias, necesitamos una salud muy robusta y gran fuerza interna para regocijarnos de nuestra situación, y para lanzar con seguridad una mirada al porvenir. Desgraciadamente, esta situación interior no puede extremar más la inquietud.

Tan afflictiva es, que casi no se atreve uno á censurar á los buenos de que se retraigan, como en los días de Sócrates y Platón, y abandonen á gentes como Cleón y los Treinta Tiranos el campo de batalla. En todas partes, el fraccionamiento y la falta de unión, en todas partes, una

lucha á muerte entre las clases sociales y el desencadenamiento de las peores pasiones, las pasiones políticas. El parlamentarismo es la más fiel expresión de la situación. En su externa brutalidad y salvajismo moral, en la pobreza de sus oradores, en la falta de talentos hábiles ó sólidamente formados, en su incapacidad para tratar los asuntos sin consideraciones personales, en una palabra, en todas las faltas públicas que lo constituyen en burla y carga para los pueblos, muestra lo que nuestra época es capaz en sus representantes. Los mismos gobiernos, sin principios fijos, sin otro objeto que el de asegurarse el poder, procuran mantenerse en él, sirviéndose de unos contra otros. La perturbación pública no es más que consecuencia de la falta de principios y de la falta de convicción y de carácter que sufren los individuos.

Desde el punto de vista del derecho y de la moral, no es mejor la situación. Falta en las masas la inteligencia del derecho. ¿Y cómo la conservarían, si la jurisprudencia ha hecho del derecho un objeto de dominación y de vanidad? ¿Cómo los poderes reinantes protegerán el sentimiento del derecho, cómo tendrán valor suficiente para vigilar con severidad el derecho privado, desde el punto de vista de las exigencias del derecho natural y de la moral, si han puesto en contradicción el derecho público con las exigencias de la conciencia? Aun mucho después de la implantación de las ideas modernas, permanecieron fieles las masas al antiguo espíritu, no obstante la vergüenza y el desprecio de que se las rodeaba, y á pesar del talento desplegado para minar en ellas el sentimiento natural del derecho. Pero se vieron obligadas á ceder, y, por todas partes, el bien y la probidad se ven sin protección, en tanto que el mal encuentra siempre defensores, y, lo que es más, defensores públicos. Cuanto más estrecha es la disciplina externa, tanto más la situación pública toma un carácter militar, y tanto más los depositarios del poder procuran dañar á los pueblos, cerrando los ojos á todos los atentados á la libertad moral. Y luego, cuando la

licencia se ha elevado á una altura tal, que comienza á ser universalmente peligrosa, se pide socorro, pero sin saber quién puede darlo, ó bien se pronuncian en los Congresos hermosos discursos, en los cuales se expone lo muy útil que sería mejorar tan triste situación.

Así, mientras que las libertades públicas crecen de un modo desmesurado á expensas de la verdadera libertad, se arrebatada, por decirlo así, al individuo la facultad de pensar recta y justamente. Si quiere uno convencerse de la medida en que toda consideración á la moral y aun á la probidad ha desaparecido de nuestra vida pública, no tiene más que ver en qué manos ponen los pueblos la guarda de sus más caros intereses. Si los italianos no se levantan como un solo hombre, cuando un Garibaldi, un Coccapieller, un Sbarbaro, se encargan de sus derechos; si los irlandeses toleran á un Parnell como *leader* de su santa causa; si un pueblo de sentimientos tan nobles y delicados como el francés aclama á un Gambetta ó á un Boulanger,—otras cosas todavía más infames pasamos en silencio—vese bien que nuestra época es completamente indiferente á lo que constituye el fondo de un hombre ó de una causa, con tal que se obtenga el éxito externo de un día.

¿A qué hablar de esa corriente devastadora del ejemplo que corre de alto á bajo? La civilización moderna y la preeminencia que da el poder, así como la riqueza de que gozan las llamadas clases elevadas, quizás no hubieran podido producir ese odio y esa animosidad de que están saturadas las clases inferiores, si los ricos, y todos aquellos sobre quienes se fijan escrutadoras las miradas del pueblo, no hubiesen abusado tan inconsideradamente de su situación para difundir la impiedad con el lujo, la injusticia, la inmoralidad y la seducción.

Finalmente, si examinamos la cuestión religiosa, descubriremos las raíces del mal. La causa de toda corrupción está precisamente en que, aunque no se niegue por completo, la religión es excluida, por principio, de toda influencia sobre la situación pública. Si todavía se la admi-

te alguna vez, es únicamente como sierva del Estado, para servirle de policía á sueldo, y bajo su inspección. Así, despreciada y tratada con desdén arriba, se convierte en odiosa é ineficaz abajo. Laméntanse entonces de que carece de influencia. Pero si quiere únicamente ejercer su poder sobre un hombre privado, al punto se dirige contra ella todo el arsenal de las leyes penales, y, si éstas no bastan, se las refuerza con leyes de excepción. Y si no encuentra miramiento alguno en la prensa, si quedan impunes todos los ataques contra sus doctrinas é instituciones; si se arranca de los corazones, por principio y por cálculo, la fe y la adhesión que le son debidas, dícese entonces que éstas son cosas contra las cuales nadie puede nada, porque así lo quiere la libertad moderna.

En cuanto á la política oficial no es más que una burla constante contra la religión. Para preparar un desastre á una potencia cristiana,—empleamos la palabra porque todavía está en uso—no se avergüenzan las naciones cristianas de prestar socorro á la media luna, y, lo que todavía es peor, á la política de las logias. Un gobierno católico—por lo menos pasa por tal—que reivindica el protectorado de las misiones de Oriente, persigue en su país á los misioneros y religiosos que están encargados de aquellas misiones, y se ve, por su alianza con el enemigo hereditario de Roma, el césaropapismo cismático, en la imposibilidad de proteger á los cristianos de Tierra Santa, en el supuesto de que quiera hacer algo para protegerlos. En una palabra, hoy no puede hablarse seriamente de Estados cristianos.

El Cristianismo, y, en el fondo, la misma religión natural, nada tienen que hacer, por decirlo así, con nuestra política exterior é interior, excepto los casos en que pueden utilizar los servicios de la Iglesia en provecho del Estado. Que la fe y la religión contribuyen á consolidar las situaciones políticas, es una verdad sólo accesible á un corto número de hombres de Estado; pero que deban constituir la base de toda sana vida de Estado, cosa, po-

dríamos decir, admitida en todo tiempo, he aquí lo que niegan del modo más categórico, y sólo el principio es considerado ya por ellos como un atentado contra el honor del Estado moderno.

**7. Los siete planetas de las ideas modernas y el sol al rededor del cual gravita el mundo.**—De aquí que se repunte como incurable la situación del mundo, y como incorregible el mundo mismo. Si no se quiere reconocer la causa del mal, y si se considera como un enemigo á todo el que indique esta causa, no es posible la salvación. Tal es la situación en que nos encontramos. No hay medio más fácil de pasar por enemigo de la sociedad que revelar la verdadera causa de nuestra deplorable situación. Ahora bien, esta causa no es otra que la siguiente: El mundo y todos los Estados se han alejado de Dios y de la religión, es decir, del servicio de Dios. Ya decían los antiguos: No es posible gobernar una casa, una aldea, una ciudad sin justicia; pero jamás podrá sostenerse la justicia, si no se edifica en la moral, y si la moral no se basa en la religión. En esta materia nada ha enseñado de nuevo el Cristianismo; no ha hecho más que confirmar la doctrina de los antiguos.

En esta enseñanza, con la cual el mundo fué bien acompañado durante siglos, ha creído ver la época moderna, con gran regocijo por su parte, un perjuicio contra el Estado y el libre desenvolvimiento de la humanidad. También ha procurado reemplazar la antigua fe con las ideas modernas, para dar la prueba efectiva de que ella entendía mejor sus intereses que la religión. Así es como, desde Maquiavelo, ha reemplazado la fe con el libre pensamiento, la moral con la moral libre, y el derecho con la violencia. Como el paraíso esperado no siempre se abría, Rousseau y la Revolución añadieron tres consignas más extensas: naturaleza, libertad, igualdad. Con el principio de nacionalidad, acabó el liberalismo el no santo número siete moderno. En adelante, podía tener el mundo este consuelo, á saber, que si no marchaba todavía por camino

llano hacia el país de la dicha, la falta, en todo caso, no estaba en el pequeño número de medios inventados para reemplazar al Dios antiguo.

Fundado en esta dichosa persuasión, parece gozar de la paz más completa. Ciertamente confiesa que no se encuentra en vías de mejorar; pero tampoco cree que precisamente consista la causa en la ruta que ha emprendido; ni tan sólo quiere que se le diga esto. Así es como, suspirando contra la amarga fatalidad, y deplorando la suerte trágica de las grandes empresas, hace venir de vez en cuando un herrero para poner aquí y allá algunos clavos cuando la máquina no puede funcionar, y continúa su camino, fiado en la protección de los dioses que se ha fabricado. «¡Que llegue quien pueda!—dice con dudosa placidez.—Si caemos en el abismo, podremos por lo menos gloriarnos de haber cumplido con nuestro deber hasta el fin, de haber permanecido fieles á la empresa que habíamos emprendido, y de haber perecido honrosamente».

Nadie pondrá en duda que este consuelo no carece de orgullo; pero que sea honroso, es otra cuestión. Más honroso sería darse cuenta del error fundamental de que proviene lo flojo de nuestra situación, la cual acabará inevitablemente en la dislocación más completa.

¿Era difícil de hallar este error? ¿Era imposible descubrir el único medio de salvación? No lo creemos. Si los planetas del cielo caminasen á capricho, ¿tardarían mucho en estrellarse los unos contra los otros? ¿No se parecería su carrera á la de las cosas de la tierra? La única razón porque prosiguen apaciblemente el camino que se les ha asignado, consiste en que giran al rededor del sol según leyes fijas. Para que el orden pueda reinar en nuestros asuntos públicos, preciso es un centro espiritual que lo domine todo sin excepción. Cuál sea este punto, no tenemos necesidad de que nos lo enseñe una vez más el Cristianismo. Ya la inteligencia sana del hombre natural en el antiguo paganismo nos dice que siempre estamos en peligro de descarriarnos, si nos guiamos por estrellas fuga-

ces; y nos dice también que sólo hay un medio para mantener al mundo en orden y conducirlo á su fin por el camino recto: la obediencia al verdadero sol de los espíritus, la ley de Dios.